

Estimado Mr. Hyde

Jorge Volpi

Estimado Mr. Hyde:

Debo confesar que me causa una peculiar extrañeza dirigirme a usted por carta, en vez de tener la oportunidad de visitarlo personalmente en su celda, pero, dados los antecedentes de su caso —y su aparente deseo de no ser defendido—, no me queda otra opción que valerme de estas páginas para tener contacto con usted. Quiero ratificarle, de este modo, mi deseo de defenderlo en la causa que se le sigue por el asesinato de Sir Danvers Carew, así como por otras felonías menores, tal como se detalla en la acusación presentada contra usted por la fiscalía de Su Majestad.

Discúlpeme, entonces, si en los párrafos siguientes puedo parecerle descortés o decididamente grosero, pero la misión de un abogado como yo no consiste en complacer o engañar a su cliente, sino en ser sincero y claro. No busco su amistad, querido Mr. Hyde, sino algo mucho más etéreo y exagerado: la verdad de su caso. Un caso que, debo adelantarle desde ahora, es también el *mío*, el de todos nosotros.

En primer lugar, es mi deber explicarle que las acusaciones de la fiscalía se fundan en un único documento disponible: el relato titulado *The Strange Case of Dr. Jeckyll and Mr. Hyde*, publicado en 1886 por un tal Robert Louis Stevenson (1850-1894). Por desgracia, como ocurre con todas las grandes historias que han sido contadas una y otra vez, adaptadas al teatro y al cine, variadas, modificadas y convertidas, al fin, en una parte más de nuestra memoria co-

lectiva, la suya, el “extraño caso” que los engloba a usted y al Dr. Jeckyll, ha terminado por perder la desconcertante sorpresa que debió escandalizar a sus primeros lectores. *Ellos* no tenían la menor idea de adónde se dirigían las especulaciones de Stevenson y de cuál era el sentido del misterio planteado por él; *nosotros*, en cambio, sabemos el destino final de la narración, y eso nos prejuzga inevitablemente hacia usted, mi pobre amigo. De ahí que no me resulte ofensivo revelar en estas páginas el secreto de una historia que, como decía Borges del *Quijote*, todos creemos haber leído.

Stevenson, una especie de *alter ego* suyo, cuenta las peripecias de ustedes dos con la sólida convicción de quien sabe administrar el *suspense* y dirigir las dudas y los horrores de su ávido público. Stevenson enfoca toda la narración hacia un desenlace inesperado —el más inesperado que hubiera podido pensarse en su momento pero que, como he dicho, para nosotros ya no es sino una conclusión sabida—, con el único objetivo de acentuar el horror de sus páginas. Manipulando la historia como un periodista de nota roja, el escritor escocés quiere dejar claro que el único culpable de los crímenes que ocurren en sus páginas es usted mismo, querido Mr. Hyde.

Los hechos, tal como los presenta Stevenson, son los que siguen:

1. Mr. Utterson, abogado del Dr. Jeckyll, se muestra alarmado porque su cliente le ha enviado un testamento según el cual todas sus posesiones deben ser entregadas, en caso de muerte,

Carta-prólogo a *El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*, publicado en la colección Letra Grande de Mondadori, Barcelona, 2000. El autor de *En busca de Klingsor* ofrece a los lectores de *Los Universitarios* este texto todavía desconocido en México. Ilustraciones tomadas del libro *A Pictorial History of Horror Movies* de Denis Gifford, gracias a la cortesía de Vicente Quirarte.

a un tal Mr. Hyde. Utterson conviene con un amigo, Mr. Einfeld, en que el susodicho Mr. Hyde es un hombre de escasa confianza.

2. Mr. Utterson sugiere la posibilidad de que Mr. Hyde esté extorsionando al Dr. Jeckyll.

3. Tras la muerte de Sir Danvers Carew, todas las sospechas de Utterson se dirigen hacia Mr. Hyde.

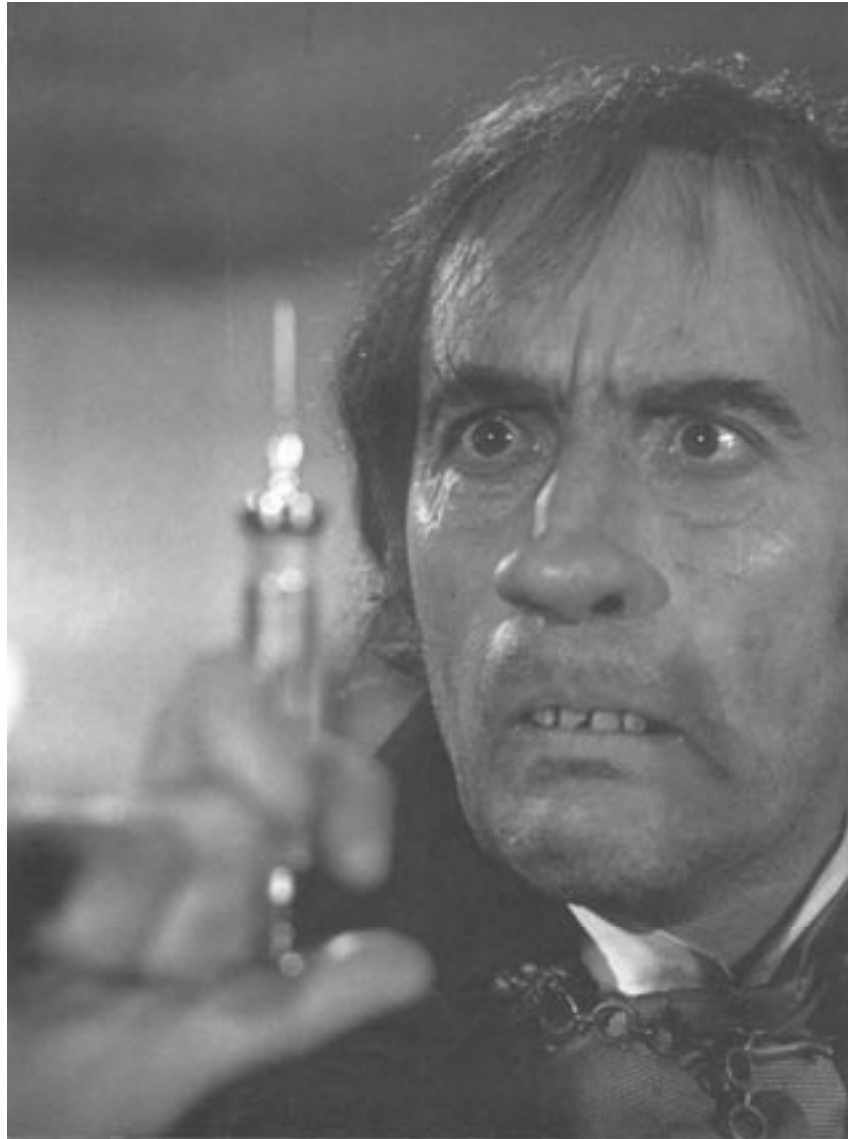
4. Por último, cuando en una noche un viejo empleado del Dr. Jeckyll, de nombre Poole, acude a la oficina de Mr. Utterson para pedir ayuda porque su amo se ha encerrado en su laboratorio pero en él no se escucha más que la voz de Mr. Hyde, Mr. Utterson no duda en acusar a éste de haber asesinado al científico.

Como puede verse, en todo momento Utterson —supuesto modelo de entereza y de racionalismo decimonónico— no duda en mostrar su animadversión hacia usted. Si no me falla la memoria, usted se topó con él y, por lo que he podido saber, no surgió de ese encuentro la mejor de las afinidades posibles.

Por el contrario, a lo largo de todo el relato de Stevenson, Jeckyll es presentado ante nosotros como un hombre atormentado, como una víctima, casi como un prisionero. Según Mr. Utterson, el comportamiento del apacible científico, cada vez más errático y más difícil de entender, no puede deberse sino a la nefasta influencia que usted ejerce sobre él.

En principio, le parece del todo ilógica la amistad entre dos hombres tan distintos como ustedes. El doctor es atento, inteligente y distinguido, ligeramente apocado, cortés y un punto introvertido. Usted, por el contrario —no es necesario que yo lo repita—, es contrahecho y malencarado, violento y procaz y, ¿por qué no decirlo ya que he de hablar con la verdad?, decididamente feo. ¿Qué puede haber en común entre ustedes? La belleza y la fealdad, como el bien y el mal, decididamente no se llevan.

Y es en esta visión distorsionada, como usted ha sido capaz de comprobar, en la que se funda la eficacia narrativa de Stevenson y, por tanto, la causa que se sigue en su contra, estimado Hyde. Los lectores —como los miembros del tribunal— siguen los minuciosos razonamientos de Utterson, sin adivinar cuán equivocado está: el horror de esta historia no yace en un mero caso de corrupción humana —la suya, Mr. Hyde—, en una simple denuncia policíaca,



Christopher Lee en *J. Monster*

en un chantaje o en una extorsión, sino en los abismos mayores del alma humana.

Sólo en las últimas páginas, Stevenson decide resolver el misterio, un misterio que va más allá de la razón, pero cuidándose de no mostrar la reacción última de Utterson y sus compañeros al descubrir lo que en realidad ha ocurrido, dejando que sean los lectores quienes asimilen por completo la pesada carga de la verdad. Tal como ocurre en la tragedia griega, particularmente en *Edipo Rey*, ésta sólo se conoce *in extremis*, cuando se unen todas las claves dispersas a lo largo de la historia, y no por acción

RELEASED TUESDAY, JANUARY 16th

Dr. Jekyll ^A ^N ^D Mr. Hyde

By ROBERT LOUIS STEVENSON

"Greatest January's" Psychological Subject

This is the famous story of the physician who tasted of the drug that changed one from a good man to an evil one. A conscientious man who has devoted his life to the saving of human life, a swallow of the drug makes him a beast who would destroy all within his reach and another swallow restores him to his normal balance. But one day the drug-bottle breaks, while he is in the evil state, and he can't GET the OTHER swallow! The film tells the thrilling rest.



Scene
from
"Dr.
Jekyll
and
Mr.
Hyde"

With
3 and
8 Sheets

humana —no por la investigación de Utterson—, sino por un designio de la fatalidad, por la voluntad o el capricho de los dioses.

En este caso, se trata de un sobre dejado por Jeckyll a las puertas de Utterson. En él se hallan las claves del enigma: una carta del Dr. Lanyon, el viejo amigo de Jeckyll y, por si no fuera suficiente, una confesión firmada por éste. Es ahí, en esas últimas páginas en primera persona, donde brilla el genio de Stevenson y donde, al fin, podemos conocer la verdadera identidad —y la vileza— del doctor Jeckyll. Sí, Mr. Hyde, ha leído usted bien: la vileza del doctor Jeckyll. No la suya, no la que le han querido achacar a usted Utterson y sus enemigos, sino la del único culpable de esta atroz historia: el apacible, amable e inteligente Dr. Jeckyll.

Pero, como le he dicho antes, es una lástima que la sorpresa develada en estas últimas páginas

ya no la compartamos ninguno de los lectores modernos del relato, demasiado acostumbrados a ella —y de ahí que yo no me avergüence de hacerla pública en esta carta—: el Dr. Jeckyll y usted, Mr. Hyde, son una misma persona.

¿Una misma?, preguntará usted con cierto sobresalto. Bueno, no exactamente. Usted es —perdone la franqueza— sólo una parte del Dr. Jeckyll y no, por cierto, la mejor. Usted es, repito, el mal que habita en el Dr. Jeckyll. En su declaración final, éste lo dice claramente: los hombres están hechos de bien y de mal combinados y Edward Hyde, "para los puntos de vista de la humanidad, era maldad pura".

No trato de darle falsas esperanzas, Mr. Hyde, pero no me cabe duda de que usted no es el principal verdugo de esta historia. Al contrario de lo que Utterson creía, a mí me queda claro que usted es, en cambio, la mayor de las vícti-

mas. La víctima fatal de la megalomanía y la maldad —sí, la maldad— del Dr. Henry Jeckyll. En mi opinión de experto, si alguien debiera pagar por los crímenes cometidos, ése no es usted, querido Hyde, sino su creador, su contraparte, su demiurgo: el Dr. Jeckyll.

Desafortunadamente, es como si, con el paso del tiempo, se hubiera cumplido a cabalidad la maldición que lo ha engendrado a usted, de modo que ya nadie parece preocuparse por el delicado e inteligente Dr. Jeckyll, como si nunca hubiese existido, para referirse y condenar sólo a su imagen invertida, a su trasunto y a su negación, es decir, a usted mismo, estimado Mr. Hyde.

Pues, aunque usted sea la encarnación del mal posible en una persona, no hay que dejar de lado que la decisión de hacerlo venir al mundo, de hacerlo abandonar los ocultos territorios del corazón humano para ingresar a los estertores del mundo, pertenece a la parte consciente del Dr. Jeckyll. Cuando una fiera abandona el zoológico y devora a los transeúntes con los que se topa, la responsabilidad no es de la bestia, desde luego, sino del incauto y negligente carcelero que le ha permitido abandonar su celda.

Quiero decirle, por ello, que usted cuenta con la simpatía de muchas personas como yo. En efecto, su grandeza, querido Hyde —la grandeza con la cual lo ha dibujado, acaso sin querer, Stevenson— radica en haber iluminado, al igual que Wilde con Dorian Gray, Henry James con los malignos infantes que aparecen en *The Turn of the Screw* o Mary Shelley con *Frankenstein*, la maldad que anida en cada uno de nosotros. El delicado poder de su historia, estimado amigo, está en descubrir que todos nosotros poseemos una parte malvada, oculta y deforme —como usted—; en mostrar el poder de nuestros impulsos —en un anticipo del inconsciente freudiano y, en realidad, en una personificación del *ello* psicoanalítico—; y, en definitiva, en hacernos ver que somos tanto hijos del Demonio como de Dios mismo.

Para los anales de la ciencia, puede parecer que su caso no es sino la dramatización de un síntoma específico, la personalidad múltiple, que comenzó a ser diagnosticada por primera vez justo a mediados del siglo XIX. En efecto, su

caso hace pensar en esas “personalidades escindidas” o “disociadas”, como se les conoce en la terminología psiquiátrica moderna, que permiten que una mente se divida en dos o más compartimientos, sin otra relación aparente entre ellos más que el habitar un mismo cuerpo. Adelantándose a las especulaciones psicoanalíticas de Freud y Jung, Stevenson lo describe a usted justo como una “parcela” de Jeckyll, como un lado oscuro que poco a poco se va apoderando del tiempo que también le pertenece a éste. Es como si la maldad fuera, por su propia naturaleza, superior en fuerzas al bien, de modo que el equilibrio se rompe con facilidad y la personalidad dividida de Jeckyll lo lleva, inexorablemente, a encarnarse todo el tiempo en usted, querido Hyde.

Sin embargo, no creo que estos pareceres técnicos basten para explicar la fascinación que despierta su caso y, por tanto, la eficacia de su defensa. Stevenson no ha pretendido hacer un retrato clínico, ni siquiera un relato fantástico, sino más bien un diagnóstico, una metáfora del alma humana. Usted, Hyde, es acusado por ser un recipiente de todo aquello que detestamos y odiamos de nosotros, de todos nuestros vicios y nuestros pecados. Y ello, debo decirlo claramente, no es justo. Atacamos la parte sin darnos cuenta de que el verdadero mal —la curiosidad desmedida, como en el Paraíso terrenal, el ansia de sabiduría y la equiparación con Dios— está en Jeckyll, es decir, en la causa y el recipiente de todas estas pestes. Usted, querido Hyde, es “el mal mismo”, pero no por propia voluntad, sino porque así lo demanda su naturaleza; no puede ser, de hecho, de otra manera.

Jeckyll, en cambio, es quien ha tomado las decisiones; quien ha tentado a los demonios —a sus propios demonios—, y quien se ha arriesgado a bajar al infierno de sus propias pasiones. Su aventura, llena de coraje, hay que reconocerlo, es la que debe ser castigada, como es castigado Adán o ese moderno Prometeo que es el doctor Frankenstein, su émulo. Usted en cambio, como el monstruo de Mary Shelley, sólo merece nuestra misericordia y nuestro perdón. Y eso es lo que pretendo conseguir de los tribunales de Su Majestad.

Lo saluda atentamente su abogado,

JORGE VOLPI